

continuidad, a pesar de todas las diferencias. «El progreso es una de las grandes motivaciones de Occidente. Aunque comúnmente se asocia con la Ilustración, la idea de progreso se debe mucho al énfasis del libro del *Génesis* en cómo el hombre transforma el mundo con su trabajo, así como el aspecto bíblico más genérico de que Dios tiene para el mundo un plan en el cual el ser humano está llamado a colaborar» (p. 105). Y, de ahí, surge la formulación del objetivo de estas páginas: «Quienes se preocupen por la verdad no tienen alternativa. Deben combatir las patologías de la razón y de la fe, y deben hacerlo de manera convincente –tanto para creyentes como para no creyentes– en un Occidente posterior a la Ilustración» (p. 199).

La libertad no es solo una idea, sino una fuerza que construye la historia. Por eso no instaura ninguna necesidad natural, sino que deja en manos del albedrío de las sucesivas generaciones el futuro: «no está garantizada la supervivencia de ninguna civilización» (p. 198). Y frente a una comprensión disminuida de la libertad, el autor desvela la comprensión de la justicia como

una meta que nunca alcanza su objetivo en nuestros días.

De Finnis toma las cuatro tesis principales y más sólidas que forman el núcleo de la tradición occidental: «creación, libertad, justicia y fe», «verdades que –al decir de Finnis– ninguno de nosotros puede permitirse darlas tranquilamente por sentado» (p. 216). Por eso, es necesario que en cada momento histórico se reformulen de modo convincente para los contemporáneos. Así acaba este libro, digno de una atenta lectura: «Sin *Logos*, Occidente está perdido. El ocaso, sin embargo, no es ineludible. Escoger libremente el *Logos* –y, por tanto, razón y fe– nunca está por encima de nuestras fuerzas. El deseo de verdad, libertad y justicia es, simplemente, parte de nuestro ser. Así que darles forma racional a estos anhelos humanos es actuar de manera verdaderamente ilustrada, en total consonancia con las creencias de Occidente, y supone construir un futuro basado en el conocimiento seguro de que es la verdad lo que nos hace libres» (p. 260).

Enrique MOROS

---

Jordi PIGEM, *Ángeles o robots. La interioridad humana en la sociedad hipertecnológica*, Barcelona: Fragmenta Editorial, 2018, 208 pp., 13 x 21, ISBN 978-84-15518-86-0.

Este filósofo catalán ha escrito un ensayo sobre la situación crítica que el hombre y la sociedad viven en este momento histórico. Su estilo claro facilita una lectura ágil de estas páginas, a pesar de las innumerables referencias que acumula para desarrollar su argumento. Su tesis se presenta de un modo lineal y efectivo, por lo que repasar su índice puede ayudar a explicitar su contenido sustancial. El autor confiesa que la encíclica *Laudato Si'* del papa Francisco

fue en gran medida el origen de estas páginas y que sus fuentes principales son tanto Romano Guardini (citado por extenso en la encíclica) como Raimon Panikkar.

Según el autor vivimos hoy una situación sin precedentes, una auténtica crisis que pone a prueba las ideas desarrolladas en la modernidad, puesto que nos han llevado a una crisis sistémica que impide su continuación. En este ensayo el autor refiere el contenido de la crisis a la fragmen-

tación del conocimiento que el desarrollo de la ciencia moderna ha promovido y al empleo masivo de la tecnología en la organización de la vida social y en la toma de decisiones. Por esa razón, la cultura contemporánea puede describirse como una sucesión de autoengaño y negación de la evidencia.

El resultado de la modernidad ha sido el desarrollo de lo que Pigem llama «homo absortus», un ser humano cegado por el poder de las tecnoutopías y que, por tanto, está a merced de todo tipo de espejismos. Se trata de un conjunto de conjuros que nos impiden afrontar los problemas actuales con el realismo necesario para su superación. En este punto se trata de describir el contenido de la crisis de modo que pueda entenderse el camino de su superación que sugiere el autor. En primer lugar, vivimos sin la conciencia de los cambios acelerados que ha sufrido la cultura contemporánea porque no acertamos a retener las diferencias culturales y así no podemos descubrir qué es lo que nos pasa. La forma de afrontar las dificultades reales del hombre consiste en introducir tal aceleración a la vida que nos impida pararnos y tener puntos de referencia reales que gocen de la estabilidad de la verdad sobre nosotros. La satisfacción de los deseos ha sido reemplazada por su constante cambio: el consumismo requiere nuestra constante insatisfacción y excita la pulsión de lo nuevo, aunque no mejore realmente nuestra existencia. Nos hemos acostumbrado a desear la seguridad que el planteamiento tecnocrático del gobierno proporciona que ya no podemos soportar cualquier incertidumbre. El mito de la ciencia empírica facilita que nos conformemos con los datos que nos suministran los especialistas para prescindir de pensar a fondo nuestra situación. Ni siquiera sabemos realmente cuál es nuestra situación porque los objetivos sociales tienen que cambiar con tanta rapidez que se evite el aburrimiento y, de ese

modo, no se logra atisbar ningún objetivo real a la acción social y a la actividad política. Se nos invita a pensar en todos los beneficios que el desarrollo científico aportará a nuestra existencia y miramos el progreso cómo el único fin posible sin advertir hacia donde nos conduce la dinámica cultural concreta que vivimos.

Ante esta situación el autor destaca que la solución no puede recaer en aquello que nos ha conducido al agravamiento de la crisis. No es la tecnología la que nos abrirá las puertas del cielo en la tierra ni es el conocimiento científico el que ampliará nuestra experiencia humana. Al prometer el control de los fenómenos nos seduce con la posibilidad de ampliar incesantemente el dominio sobre los cielos y la tierra y así amputa todo deseo y apaga cualquier destello de trascendencia.

Frente a la crisis, la propuesta del autor es clara: la plena participación del ser humano en la realidad. Las crisis culturales son siempre crisis del corazón y empiezan siempre con una idea equivocada: la ciencia no puede solucionar el vacío del corazón humano porque no puede decirnos quiénes somos, aunque pueda multiplicar las palabras sobre nosotros. Para el autor, la crisis se origina en la baja Edad Media, cuando la insistencia en la omnipotencia divina transforma la idea de Dios en la arbitrariedad del soberano y se desiste del conocimiento de la realidad en su radicalidad y del hombre en su singularidad. Es preciso, pues, volver a recuperar la dignidad humana y su capacidad cognoscitiva para reencontrar la fuente de donde surge todo lo decisivo y reintegrar la realidad a su unidad originaria y así poder atisbar nuestro destino.

El autor considera que esto es posible porque hemos llegado al límite crítico en el que se resuelve la crisis, bien con la muerte de la cultura actual, bien con la creación de una nueva cultura. Para el autor la ciencia misma nos ha llevado hasta el límite de lo

que podemos conocer de la materia permitiéndonos eliminar el monismo –dualista a fuerza de reduccionista–: en la realidad hay realmente misterio, el misterio del orden que es un don para nuestra inteligencia. Hemos alcanzado también los límites de lo que la Tierra que habitamos puede soportar –el agotamiento ecológico y aun la propia destrucción de lo que hace posible nuestra existencia–. Y finalmente hemos avistado los límites de la vida: ya no sabemos qué es morir, porque nos hemos olvi-

dado de vivir y dejamos en manos de la medicina el alargamiento inercial de nuestra existencia. «El paradigma tecnocrático, como paradigma, está acabado, aunque todavía seguirá embistiendo por inercia, como un robot descontrolado, como un gigante sonámbulo. Pero el camino hacia un mundo nuevo está abierto. Y seguirá abierto» (p. 185). Este mensaje esperanzado es quizá lo más relevante de estas páginas.

Enrique MOROS

---

**Lourdes FLAMARIQUE**, *Filósofos del siglo XX*, Pamplona: Eunsa, 2020, 314 pp., 17 x 24, ISBN 978-84-313-3508-3.

El lector tiene la posibilidad de tener en sus manos este libro que es fruto de muchos años de lúcida docencia de la profesora L. Flamarique. Se podría decir que es un manual. En su presentación la autora nos brinda este «material de clase para estudiantes y lectores habituados a la escritura filosófica» (p. 7). No pretende ser un libro de historia de la filosofía del siglo XX, sino más bien una «exposición de los filósofos desde los motivos de su pensamiento y en la arquitectura de sus textos principales (...) se trata, por tanto, de acompañar el ejercicio del pensamiento (...) pero sobre todo, se trata de aprender a pensar el propio tiempo con estos filósofos, para poder dar una vida a los principios que rigen nuestro trato con la realidad» (p. 7).

El primer capítulo lleva por título *La filosofía como tarea en el siglo XX* y es como un preámbulo del manual. Se hace un brillante trabajo de contextualización, del estado de la cuestión de la propia filosofía, del desahucio de muchos filósofos ante la prolongada agonía que aparentemente sufre la filosofía. La declaración del final inminente de la filosofía está muy presente en el siglo XX. Tras la muerte de Hegel, la tarea filo-

sófica se redujo en gran medida a historia de la filosofía. Pero si todo es historia, si todo es pasado... ¿qué presente y futuro podemos aventurar? Ciertamente la redención ha de venir por la filosofía misma y por eso mismo la tarea es inmensa, y a la vez apasionante. Esta tarea de redención, de rescate, de salvación o, como dice la autora, de terapia, viene marcada, según sus lecciones, de la mano de varios pensadores, como Edmund Husserl, Ludwig Wittgenstein, Martin Heidegger, Jacques Derrida, Jürgen Habermas y Richard Rorty.

El segundo capítulo es *La herencia del siglo XIX*. Se podría decir que aquí se propone dar una razón a los motivos que han facilitado el accidentado siglo XX en lo que al terreno filosófico se refiere. Se recalca mucho la cuestión metódica, con especial hincapié en la filosofía de Franz Brentano y Gottlob Frege; se desarrolla el tema de la crisis de la modernidad, precedida por el desprestigio e incluso la ilegitimidad de la razón, y cómo no, se presenta la figura de Nietzsche como el que activa la bomba que va a remover los cimientos de la filosofía con la famosa sentencia profética (o antiprofética) en su *Ecce Homo*: «Yo